

Advertencia a *Las rimas*

Por Esteban Echeverría (1837)

El principal designio del autor de la *Cautiva* ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto; y para no reducir su obra a una mera descripción, ha colocado, en las vastas soledades de la Pampa, dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio. El suceso que poetiza, si no cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta contar menuda y circunstancialmente a guisa de cronista y novelador, ha escogido solo, para formar su cuadro, aquellos lances que pudieran suministrar más colores locales al pincel de la poesía; o más bien, ha esparcido en torno de las dos figuras que lo componen, algunos de los más peculiares ornatos de la naturaleza que las rodea. El Desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional.

Nada le compete anticipar sobre el fondo de su obra; pero hará notar que por una parte predomina en la *Cautiva* la energía de la pasión manifestándose por actos; y por otra el interno afán de su propia actividad, que poco a poco consume, y al cabo aniquila de un golpe, como el rayo, su débil existencia.

La marcha y término de todas las pasiones intensas, se realicen o no, es idéntica. Si satisfechas, la eficacia de la fruición las gasta, como el rozo los muelles de una máquina: si burladas se evaporan en votos impotentes o matan; porque el estado verdaderamente apasionado es estado febril y anormal en el cual no puede nuestra frágil naturaleza permanecer mucho tiempo, y que debe necesariamente hacer crisis.

De intento usa a menudo de locuciones vulgares y nombra las cosas por su nombre, porque piensa que la poesía consiste principalmente en las ideas, y porque no siempre, como aquellas, no logran los circunloquios poner de bulto el objeto ante los ojos. Si esto choca a algunos acostumbrados a la altisonancia de voces y al pomposo follaje de la poesía para solo los sentidos, suya será la culpa, puesto que buscan, no lo que cabe en las miras del autor, sino lo que más con su gusto se aviene. Por desgracia esa poesía ficticia, hecha toda de hojarasca brillante, que se fatiga por huir del cuerpo al sentido recto, y anda siempre como a caza de rodeos y voces campanudas para decir nimiedades, tiene muchos partidarios; y ella sin duda ha dado margen a que vulgarmente se crea que la poesía exagera y miente. La poesía ni miente ni exagera. Solo los oradores gerundios y los poetas sin alma toman el oropel y el rimbombó de las palabras por elocuencia y poesía. El poeta, es cierto, no copia sino á veces la realidad tal cual aparece comúnmente a nuestra vista; porque ella se muestra llena de imperfecciones y máculas, y aquesto sería obrar contra el principio fundamental del arte que es representar lo Bello: empero él toma lo natural, lo real, como el alfarero la arcilla, como el escultor el mármol, como el pintor los colores; y con los instrumentos de su arte, lo embellece y artiza conforme a la traza de su ingenio; a imagen y semejanza de las arquétipas concepciones de su inteligencia. La naturaleza y el hombre le ofrecen colores primitivos y que él mezcla y combina en su paleta; figuras bosquejadas, que él coloca en relieve, retoca y caracteriza; arranques instintivos, altas y generosas ideas, que él convierte en simulacros excelsos de inteligencia y libertad, estampando en ellos la más brillante y elevada forma que pueda concebir el humano pensamiento. Ella es como la materia que trasforman sus manos y anima su inspiración. El verdadero poeta idealiza. Idealizar es sustituir a la tosca e imperfecta realidad de la naturaleza, el vivo trasunto de la acabada y sublime realidad que nuestro espíritu

alcanza. La belleza física y moral, así concebida, tanto en las ideas y afectos del hombre como en sus afectos, tanto en Dios como en sus magníficas obras, he aquí la inagotable fuente de la poesía, el principio y meta del Arte, y la alta esfera en que se mueven sus maravillosas creaciones. Hay otra poesía que no se encumbra tanto como la que primero mencionamos; que más humilde y pedestre viste sencillez prosaica, copia lo vulgar porque no ve lo poético, y a todo su gusto en llevar por únicas galas el verso y la rima. Una y otra se paran y embelesan en la contemplación de la corteza; no buscan el fondo de la poesía porque lo desconocen, y jamás, por lo mismo, ni sugieren una idea ni mueven, ni arrebatan. Ambas careciendo de sustancia, son insípidas como fruto sin sazón. El público dirá si estas *Rimas* tienen parentesco inmediato con alguna de ellas. La forma, es decir, la elección del metro, la exposición y estructura de la Cautiva, son exclusivamente del autor; quien no reconociendo forma alguna normal en cuyo molde deban necesariamente vaciarse las concepciones artísticas, ha debido escoger la que mejor cuadrase a la realización de su pensamiento.

Si el que imita a otra no es poeta, menos será el que, antes de darlo a luz, mutila su concepto para poderlo embutir en un patrón dado, pues esta operación mecánica prueba carencia de facultad generatriz. La forma artística esta como asida al pensamiento, nace con él, lo encarna y le da propia y característica expresión. Por no haber alcanzado este principio, los preceptistas han clasificado la poesía, es decir, lo más íntimo que produce la inteligencia, como el mineralogista los cristales, por su figura y apariencia externa; y han inventado porción de nombres que nada significan, como las églogas, idilios etc., y aplicándolo cada uno de los géneros especiales en que la subdividieron. Para ellos y su secta la poesía se reduce a imitaciones y modelos, y todo el labor del poeta debe ceñirse a componer algo que amoldándose y algún ejemplar conocido sea digno de entrar en sus arbitrarias clasificaciones, so pena de cerrarle, si contraviene, todas las puertas y resquicios de su parnaso. Así fue como, preocupados con su doctrina, la mayor parte de los poetas españoles se empeñaron únicamente en llenar tomos de idilios, églogas, sonetos, canciones y anacreónticas; y malgastaron su ingenio en lindas trivialidades que empalagan, y no dejan rastro alguno en el corazón o el entendimiento.

En cuanto al metro octosílabo en que va escrito este tomo, solo dirá: que; un día se apasionó de él, a pesar del descrédito a que lo habían reducido los copleros, por parecerle uno de los más hermosos y flexibles de nuestro idioma; y quiso hacerle recobrar el lustre de que gozaba en los más floridos tiempos de la poesía castellana, aplicándolo a la expresión de ideas elevadas y de profundos afectos. Habrá conseguido su objeto si el lector al recorrer sus *Rimas* no echa de ver que está leyendo octosílabos. El metro, o mejor, el ritmo, es la música por medio de la cual; la poesía cautiva los sentimientos y obra con más eficacia en el alma. Ora vago y pausado, remeda el reposo y las cavilaciones de la melancolía. Ya sonoro y veloz la tormenta de los afectos: con una disonancia hiere, con una armonía hechiza; y hace como dice P.Schlegel, fluctuar el ánimo entre el recuerdo y la esperanza pareando o alternando sus rimas. El diestro tañedor modula con él en todos los tonos del sentimiento, y se eleva al sublime concierto del entusiasmo y de la pasión.

No hay, pues, sin ritmo poesía completa. Instrumento del arte debe en manos del poeta, armonizar con la inspiración, y ajustar sus compases al vario movimiento de los afectos. De aquí nace la necesidad de cambiar a veces de metro, para retener o acelerar la voz, y dar, por decirlo así, al canto, las entonaciones conformes al efecto que se intenta producir.

El "Himno al dolor" y los "Versos al corazón" son de la época de *Los Consuelos*, o melodías de la misma lira. Aun cuando parezcan desahogos del sentir individual, las

ideas que contienen pertenecen a la humanidad; puesto que el corazón del hombre fue formado de la misma sustancia y animado por el mismo soplo.